

CULTURA GANADERA Y VIDA COTIDIANA EN EL BAJO PAPALOAPAN (SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX)

Luis Alberto Montero García
Centro INAH Veracruz

La cultura en el bajo Papaloapan está impregnada por dos fenómenos de larga duración: la ganadería y la producción azucarera. Ambos continúan formando parte de la base económica de la región, junto con la pesca y el comercio, otorgándole un sello particular a su conocimiento social y cotidiano.

En este artículo analizamos la estructura agraria (dimensiones), social (actividades del vaquero) y económica (propietarios y exportación) de la hacienda ganadera. A través de nuestra investigación confirmamos que su arquitectura no era monumental como las del altiplano y su extensión territorial siguió siendo considerable. Además de que parte del ganado criado en ellas se exportó a Cuba a partir de la década de 1870. Nuestro estudio nos llevó a destacar la presencia del vaquero y sus múltiples labores, incluyendo su aporte a la cultura ganadera: vestimenta, comida, afición por el baile, el aguardiente y el tabaco.¹

Para el siglo XVII, las tierras del Papaloapan pertenecían a las haciendas de Santa Catarina de Uluapa, cuyos terrenos llegaban a las afueras de Chacaltianguis y Tlacojalpan; Santa Ana Chiltepec y San Agustín Guerrero, que limitaban con Tesechoacán; San Nicolás Zacapezco, San Juan Zapotal, ubicadas en la margen derecha del río de las Mariposas, y en la orilla contraria estaban Santa María Cuezpalapa (La Estanzuela), que limitaba con los pueblos de Ixmatlahuacan, Acula

y Amatlán y Santo Tomás de las Lomas, ambas propiedades rodeaban a Cosamaloapan. Tlacotalpan quedó aprisionada entre San Juan Zapotal y La Estanzuela, ocupando en propiedad sólo la traza del pueblo. Todas ellas estaban dedicadas fundamentalmente a la cría de ganado vacuno y caballo.² En la siguiente centuria dichas haciendas continuaron dominando las llanuras costeras del Papaloapan. En la *Relación de Corral*, escrita por el coronel Miguel del Corral y el capitán Joaquín de Aranda en 1777, y los diversos mapas que levantaron, se puede apreciar, entre otras descripciones, la ubicación de las haciendas ganaderas y de los pueblos asentados a las orillas de los ríos Papaloapan, Tesechoacán y San Juan.³

Las haciendas ganaderas fundadas en el Papaloapan durante el periodo colonial persistieron hasta ya entrada la primera mitad del siglo XIX. Entre 1827 y 1842, los gobernadores continuaron mencionando su existencia. En este último año se calculaba que el Partido de Cosamaloapan poseía una superficie de 369 leguas cuadradas, cerca de 10 000 habitantes y constituía “casi en su totalidad el patrimonio de cinco propietarios, cuyas haciendas tienen 16 203 caballerías de tierra”.⁴

Sin embargo, un acelerado proceso de fragmentación, ya sea por cuestiones de división de bienes, de embargos o por compra-venta, desembocó en la aparición de más de 49 haciendas ganaderas en el cantón de Cosamaloapan, entre 1842 y 1905, dentro de cuya extensión territorial política abarcaba gran parte del bajo Papaloapan.⁵ Aunque no por ello dejaron de tener grandes extensiones como Mata de Agua, Uluapa, Guerrero, Chicalján, San

¹ Una de las limitantes para abordar la cultura ganadera fue la casi nula existencia de fuentes acerca de la ganadería sobre la segunda mitad de la centuria decimonónica. Gran parte de lo hallado proviene de informes oficiales, relatos de viajeros, memorias de los habitantes del terruño y de la prensa tlacotalpeña. No olvidemos que Veracruz por su ubicación costera y montañosa está expuesto a las condiciones atmosféricas (temperatura, humedad e inundaciones) y humanas (sublevaciones, bombardeos) que inciden poderosamente en el deterioro o pérdida de los documentos archivados. Especialmente el Bajo Papaloapan ha experimentado las recurrentes avenidas del río Padre y sus afluentes, durante la segunda mitad del siglo XIX hubo crecidas en 1860, 1865, 1877 y 1888, esta última una de las más catastróficas, equiparable a las inundaciones de 1944 y 2010. De esta manera no sólo utensilios de cocina, muebles, herramientas, semovientes y árboles arrastraban las impetuosas corrientes del Papaloapan, sino también documentos, papeles y archivos. Al caudal del río retornaban los enseres que en su momento fueron transportados por sus aguas.

² Celaya 2000 y 2003; Velasco, 2003: 131; Aguirre, 2008: 298-301.

³ Siemens y Brinckmann, 1979.

⁴ Miguel Barragán, Noticia estadística... 25 de enero de 1827, en Blázquez, 1986: 3-6, t. I; Francisco Hernández, Estadística... 30 de abril de 1831, en Blázquez, 1986: 241, t. I; Informe... 25 de diciembre de 1844, en Blázquez, 1986: 440-441, t. I.

⁵ Archivo General del Estado de Veracruz, en adelante AGEV, Departamento de Estadística, Asociación Financiera Internacional, expediente 26, letra A, 1905.



José del Carmen, Santa Cruz y Los Naranjos que iban desde las 9000 hasta las 20000 hectáreas; todas ellas ubicadas en ambas márgenes del río Papaloapan y sus afluentes (cuadro 1). Caso semejante ocurrió con las enormes extensiones de tierra de las haciendas de Acazónica y de Las Tortugas, ubicadas en el centro de Veracruz, entre las cuencas de los ríos La Antigua y Nautla, que dieron lugar a la formación de otras haciendas de dimensiones menores, ranchos y lotes, siendo sus dueños rancheros en ascenso. A diferencia de las ubicadas en el Papaloapan, aquéllas abarcaban muy diversos tipos de suelos y de morfología.⁶

En la estadística de 1905 destaca que la principal actividad de la gran mayoría de las haciendas era la cría de ganado vacuno y caballo. Sólo cuatro de ellas —San Pedro, La Barranca, San José del Carmen y Río Blanquillo— estaban dedicadas al ganado de engorda. Mientras tanto, La Granja, La Conchita y otra sin nombre sembraban café, las dos últimas poseían menos de 200 hectáreas,⁷ seguramente la primera también producía quesos y mantequillas, ramo al que se dedicaban sus dueños (Isla Hermanos) desde 1887, pues sus dimensiones rebasaban las 3000 hectáreas. Por otro lado, Palmar combinaba la producción de ganado con la siembra de tabaco y, por último, El Carmen criaba vacas y equinos y sembraba café. Llama la atención que San Miguel de José de la Luz Pérez e Hijos aparece dedicada sólo a la cría de animales vacuno y caballo, cuando también poseía una fábrica de azúcar del mismo nombre. Buena parte de sus propietarios, ricos comerciantes españoles o descendientes de ellos, radicaban en Tlacotalpan, Cosamaloapan y puerto de Veracruz.

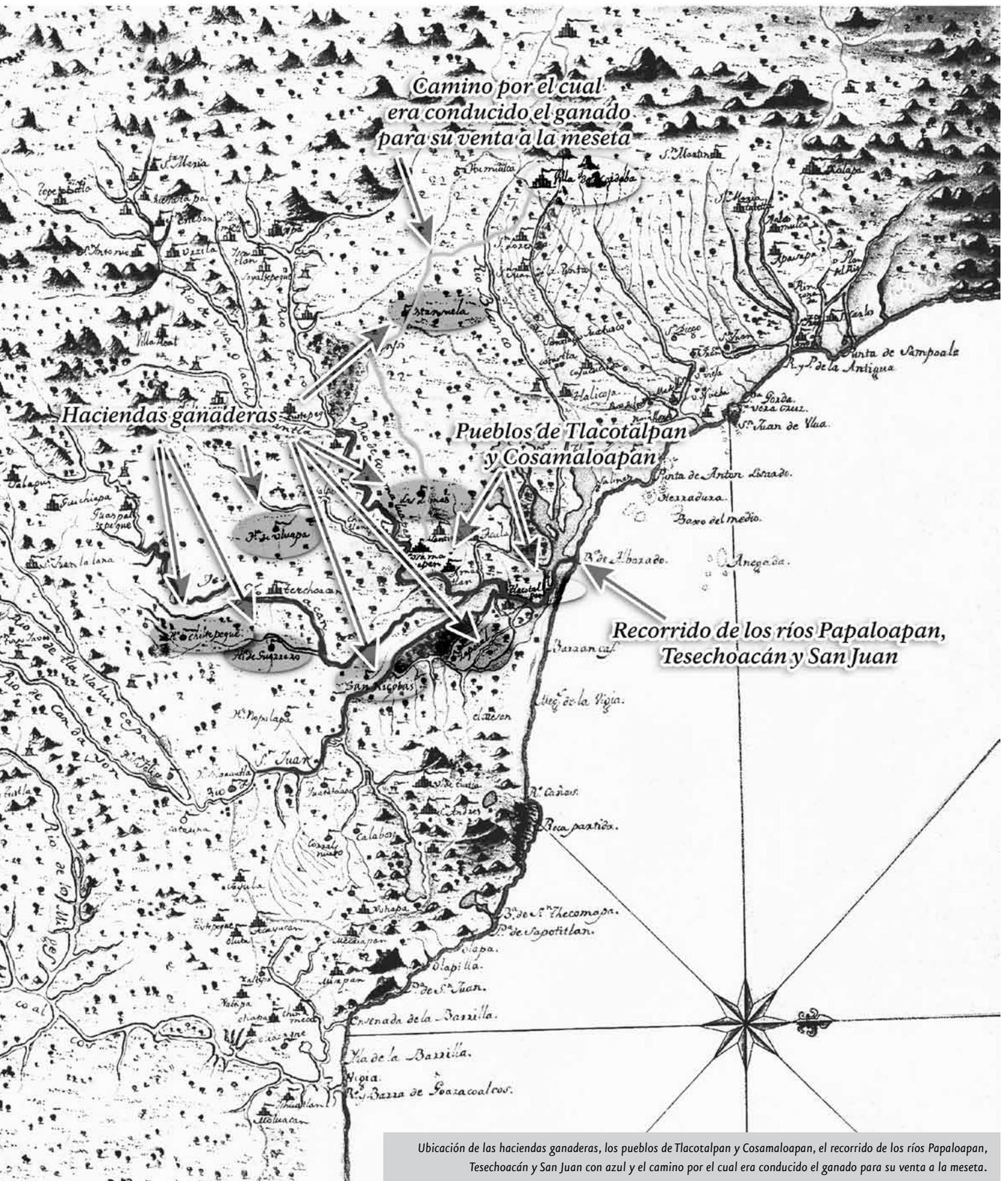
El caso de Isla Hermanos y José L. Pérez e Hijos nos da pauta para tomar con reservas los datos consignados en las estadísticas oficiales. Precisamente en la que aquí analizamos (1905) no incluye las haciendas azucareras diseminadas en el cantón de Cosamaloapan. Además, la información recabada en el Registro Público de la Propiedad arroja que la *The Central Trust* no era la única dedicada al ramo de la ganadería en esa jurisdicción. De ahí que resulta pertinente cruzar la información con otras fuentes primarias.

Sin duda, la ganadería constituye una de las principales actividades económicas que prevalece aún en el ámbito del Papaloapan. De acuerdo con José Velasco



⁶ Skerritt: 2004: 93.

⁷ El Correo de Sotavento, 10 de febrero de 1887; Sagahón, 2003: 67.



Camino por el cual era conducido el ganado para su venta a la meseta

Haciendas ganaderas

Pueblos de Tlacotalpan y Cosamaloapan

Recorrido de los ríos Papaloapan, Tesechoacán y San Juan

Ubicación de las haciendas ganaderas, los pueblos de Tlacotalpan y Cosamaloapan, el recorrido de los ríos Papaloapan, Tesechoacán y San Juan con azul y el camino por el cual era conducido el ganado para su venta a la meseta.

Haciendas ganaderas en el Cantón de Cosamaloapan, 1905

Propietarios	Nombre del predio	Hectáreas	Clase de producción e industrias
José C. Baca	San Pedro	1, 755.00.00	Ganado de engorde
Hijos de Pio Ramos	La Barranca	555.00.00	Ganado de engorde
Herederos de Luis de la Llata	San José del Carmen	12, 288.00.00	Ganado de engorde
González Hermanos	Río Blanquillo	450.00.00	Ganado de engorde
Isla Hermanos	La Granja	3, 511.00.00	Café
Francisco A. Ahuja	La Conchita	46.19.28	Café
Carlos Zameza	-----	135.00.00	Café
J. Luz Mortera	Palmar	1,755.00.00	Ganado y tabaco
Marcelo Arano	Zapote y Coapilla	2, 392.00.00	Ganado de cría, vacuno y caballar
Luis Argundín	San Bernardo	1, 106.00.00	Ganado de cría, vacuno y caballar
Ramón y Zenón Herrera	Aguas Prietas	3, 948.00.00	Ganado de cría, vacuno y caballar
Llorca Hermanos	San Francisco	5, 268.00.00	Ganado de cría, vacuno y caballar
Cruz Lagos de M.	Santa Cruz	10, 999.00.00	Ganado de cría, vacuno y caballar
Francisco Lagos Q.	San Francisco de Oyozone	7, 552.00.00	Ganado de cría, vacuno y caballar
Albino Lara	La Esmeralda	1,755.60.00	Ganado de cría, vacuno y caballar
Guadalupe E. López	Los Naranjos y otros	9, 436.38.00	Ganado de cría, vacuno y caballar
José Luz Pérez	Mata de Agua	21, 506.22.25	Ganado de cría, vacuno y caballar
Juan B. Riquer	Chicalpextle	830.00.00	Ganado de cría, vacuno y caballar
Vidal Lara	Las Piñas	469.68.00	Ganado de cría, vacuno y caballar
Juan Parroquín	Paso Nuevo	766.73.00	Ganado de cría, vacuno y caballar
Luz Castellanos de Ortiz	Chapopoapan	4, 480.00.00	Ganado de cría, vacuno y caballar
J. A. Cházaro Sucs.	Chicaján y otros	17,656.90.43	Ganado de cría, vacuno y caballar

Fuente: AGEV, Departamento de Estadística, Asociación Financiera Internacional, exp. 26, letra, A, 1905.

Cuadro 1

Toro la práctica ganadera impulsada en tierras veracruzanas y sus implicaciones sociales dejaron marcada huella en la cultura rural del bajo Papaloapan. Las características físicas del terreno, la abundancia de recursos naturales de fácil extracción y la escasa población regional —asegura—, fueron elementos que contribuyeron a configurar la organización, uso y manejo del espacio, así como la forma de la explotación del ganado que dio origen a una cultura ganadera estrechamente asociada a la

llanura y muy alejada de la hacienda tradicional de cuyo casco emergieron núcleos de población que evolucionaron hacia la formación de pueblos.⁸

Efectivamente, la arquitectura monumental que refleja la complejidad productiva de la hacienda clásica (riqueza arquitectónica del casco, casa principal, capilla, edificios administrativos, viviendas, corrales, obras hidráulicas, campos de cultivo y

⁸ Velasco, 2004: 62-63.

agostaderos) está ausente en las tierras del Papaloapan. Aquí el desenvolvimiento de una ganadería extensiva no requirió de una compleja infraestructura física, sobre todo porque las condiciones naturales permitían que las reses se reprodujeran de manera natural y sólo había que extraerlas mediante su captura. Más bien la construcción de viviendas y corrales tuvo un carácter utilitario.

A Lucien Biart, médico, naturalista y viajero francés que radicó en Orizaba por más de 13 años, debemos una pormenorizada y abigarrada descripción de la vida del vaquero y las sabanas del bajo Papaloapan a mediados del siglo XIX. Las notas de viaje de sus diversas incursiones a las llanuras costeras dieron paso a su libro *La Tierra Caliente. Escenas de la vida mexicana, 1849-1862*, publicado en París en 1862. La ausencia de caminos y carrozas motivaron su viaje, donde encontró: “un mundo desconocido.” En diversos momentos recorrió a caballo los pueblos de Alvarado, Tlacotalpan, Acula, Cosamaloapan, Chacaltianguis, El Santuario y Tuxtepec. En su travesía por al extensa llanura se encontró con ranchos, sembradíos de algodón y la hacienda La Estanzuela.⁹

Santa María Cuezpalapa, mejor conocida como La Estanzuela, era una inmensa hacienda ganadera cuya extensión se estimaba en 349 235 hectáreas y a principios del siglo XIX pertenecía a Joaquín Mariano de Ovando y Rivadeneyra, regidor perpetuo de la ciudad de Puebla de los Ángeles.¹⁰ Estaba situada sobre “una eminencia apenas visible de la sabana, rodeada de árboles” y era “un oasis en medio de la llanura”, escribió Biart cuando la visitó. A la izquierda estaba el arroyo que le dio su nombre. Poseía capilla y tienda. Enfrente de la casa principal, que contaba con corredor, había una hilera de chozas más espaciosas que servían de habitación a los trabajadores. Pero a pesar de ubicarse en las proximidades de la tierra templada, veía “caer en ruinas todas sus construcciones”. Esta aguda observación del viajero francés, refleja que La Estanzuela no tenía la magnificencia de las haciendas de la tierra templada, mucho menos algunos de los ranchos que la componían que eran construidos de bambú y palmera.¹¹

En el caso de la hacienda Zapotal, el casco estaba muy lejos de la grandeza arquitectónica de las haciendas del altiplano. En ella no había construcciones de piedra, muchos menos murellas protectoras. Apenas si la casa principal era de madera de cedro y techo de palma, tenía tienda, cocina, bodega, iglesia, huerta, corral, gallinero, colmenas, soltadero, trapiche y pesquería. Dos hileras de casas, cuyo número ascendía a 30, formaban la ranchería Zapotal. De acuerdo con José María Malpica la casa era “bastante grande, de tabla de cedro bien cepillada y techo de palma redonda. El pavimento de macería y el pretil casi de una vara de altura.” Zapotal diversificaba su producción, a diferencia de La Estanzuela que sólo de dedicaba a la captura del ganado. Si bien es cierto que el incremento del hato ganadero era su tarea primordial, utilizaba los cuerpos de agua para obtener pescado, sembraba maíz, labraba una pequeña huerta que producía lo necesario para subsistencia diaria. Asimismo, conta-

ba con una pequeña embarcación que la mantenía comunicada cada dos días con Tlacotalpan.¹²

La tradición del ausentismo de sus propietarios en la época colonial continuó siendo marcada durante la segunda mitad del siglo XIX, pues los dueños de La Estanzuela y Zapotal —al igual que muchos de los hacendados mencionados en la estadística de 1905—, dejaban en manos de un administrador su posesión. Ambas haciendas estaban colocadas en los extremos de la llanura costera; la primera en la sabana del interior y la segunda pegada a la costa del Golfo de México, donde predominan los nortes y su cercanía con el mar favorecía el uso de la madera.

Sin duda, hacendados, rancheros y vaqueros aprovechaban las ventajas que le brindaba la naturaleza para proveerlos de lo esencial para vivir: las hojas de la palmera real con las cuales cubrían los techos de las casas; del bambú o carrizo se sacaban los palos que servían de paredes, de las plantas algunos bejucos o la propia pita para amarrarlos y de los troncos de árboles los horcones para sostenerla y algunos muebles. A veces la casa se levantaba solitaria en medio de un claro cerca del pastizal, pues el rancho estaba alejado de toda vegetación para evitar el contacto directo con los animales ponzoñosos de la llanura. En torno de las habitaciones se cuidaba de abatir las hierbas, pero palmeras, plátanos y otros árboles frutales ambientaban el paisaje de las haciendas y ranchos costeros, que se levantaban a la orilla de un cuerpo de agua.

Época en que el techo de la vivienda, sostenido por una estructura de varas de bambú y cubierto de palma entretejida, predominaba el paisaje del trópico veracruzano. Se le conocía como “casa sin clavos”, donde destacaba la sencillez de su construc-



Las viviendas de techo de palma y paredes de bambú, también llamadas “casas sin clavos”, formaron parte del paisaje de la hacienda ganadera de la tierra caliente veracruzana. Y estaba rodeada por lo general de palmeras y matas de plátano. Acuarela de J. B. Moreau, Museo de Arte del Estado de Veracruz (2001: 291).

⁹ Son escasas las referencias acerca de su vida y menos aún sobre el análisis de su pródiga obra escrita. A los 18 años (1846) estaba viviendo en Orizaba a donde fue invitado por un compatriota suyo para ocuparse de un negocio farmacéutico. Estudió en Puebla y se graduó en la Facultad de Medicina en 1855. Volvió a Orizaba y se casó. 10 años después regresó a Francia, al cabo de 19 años de permanecer en México. Fue miembro de la Sociedad de Antropología y de la Comisión Científica de México.

¹⁰ VELASCO, 2003: 207.

¹¹ Salvo que se indique otra fuente, la descripción de la cotidianidad de los vaqueros de La Estanzuela, vivienda y alimentación está basada en el texto de *La Tierra Caliente*. A su salida de Cosamaloapan y rumbo a La Estanzuela, BIART (1962: 249-288), sólo encontró alguna cabaña de bambú adosada a una cerca, otra en ruinas y una más que el orden y la limpieza lo sorprendieron. “La pieza era grande, y las tablas de palmera y los bambúes que formaban los muros se alineaban en simetría poco común. El suelo liso y aplanado, había sido barrido [...]”

¹² Malpica, 1974: 54-56.

ción y la de sus muebles. Particularidad que poseía el rancho San Julián, donde seis o siete jacales rodeaban el edificio principal que tenía por apoyo troncos de árbol sin pulir y sostenían un techo de hojas de palmera; los muros estaban hechos con tallos de bambú cortados a todo lo largo. El total de las partes de estas construcciones estaban ligadas entre sí por lianas. Hacía el lado de la fachada sobresalía el techo que abrigaba a los caballos contra los ardores del sol. Unas perchas, allí colocadas, permitían colgar las sillas de montar y las bridas. Una piel de toro, sujeta a los postes con tiras de cuero, servía de hamaca y de lugar de honor; los asientos inferiores estaban hechos de tajos de troncos casi sin pulir. En el interior el único piso era “el áspero suelo, que los rancheros nunca se tomaban la pena de nivelar ni de hacer menos húmedo”.¹³

En los casos de La Estanzuela y Zapotal, la distribución arquitectónica tenía como vértice el núcleo formado por la casa principal, la capilla y la tienda, en torno al cual se encontraban las viviendas de los vaqueros, los corrales y la llanura que se extendía más allá de la vista humana. Al paso de los años y según las ganancias obtenidas, sus dueños realizaron modificaciones en sus componentes materiales. Zapotal cambió la madera y la palma de la casa principal por una de mampostería y teja, pero las nueve viviendas a su alrededor continuaron siendo de palma. Caso semejante reflejaba la hacienda Ulupa, donde la morada del administrador era de mampostería y teja y ocho de palma de yagua para los vaqueros. Otras casas eran de madera y teja como las de Santa Petronila y San José, ambas propiedades ubicadas en el municipio de Tlacotalpan.¹⁴ Hasta el casco o casa principal de la hacienda llegaban los mayores con sus vaqueros para rendir cuentas del ganado bajo su cuidado, así como los medieros que asistían a pagar el arrendamiento del rancho y a entregar las reses que le correspondían al propietario. Por ejemplo, al encargado de la hacienda La Estanzuela, los rancheros le pagaban 3000 pesos al año por el espacio que ocupaban. Los dedicados a la crianza de caballos y partidas de toros herraban un potro o toro, según el caso, por atajo, que se componía de 30 o 40 cabezas.

En este sentido, las haciendas estaban divididas en varias estancias o hatos que se dejaban al cuidado de un mayoral, pero bajo la atención de un solo administrador. Todos los predios menores, ya sean para el cultivo o para la cría de bovinos, eran llamados ranchos y rancheros sus propietarios, designación que ha sobrevivido en la actualidad. Los potreros estaban bajo el cuidado de vaqueros, que pasaban buena parte de su vida montados a caballo persiguiendo y atacando con destreza a los toros errantes de las sabanas solitarias y ardientes. Incluso al paso de los años la espalda se le encorva y las piernas se le arquean por la costumbre de montar a caballo, andando sin cesar de un lado a otro por las pronunciadas llanuras. Una de las características de su personalidad que llama la atención sigue siendo la aguda finura de su oído. Pueden escuchar el galope de un jinete o la estampida de un hato cuando están próximos a acercarse.

Había tres cosas que el vaquero tenía siempre a su alcance y que sólo prestaba a displicencia: su caballo, su machete y su

lazo. El jamelgo era su vital complemento en el desempeño de su trabajo: montaba, en parte, porque les resultaba imposible vigilar toda la manada a pie y, en parte, porque con frecuencia necesitaba un caballo para ir en busca de los animales rezagados. La “reata” que colgaba de la silla de montar, imprescindible para capturar al ganado, se hacía de correas de cuero o fibras de maguey y tenían dos o tres centímetros de ancho. No daba un paso sin “la moruna”, artefacto que regularmente traía fajado a la cintura y le daba un sinfín de usos, inclusive como arma para enfrentar algún rival.

El trabajo en la ganadería no demandaba el reclutamiento de gran cantidad de mano de obra y su número no era específico. El gobernador Francisco Landero y Coss afirmaba, con cierta exageración, que para cuidar 1000 reses bastaban 5 o 6 personas.¹⁵ Por ejemplo, los vaqueros de la Estanzuela eran alrededor de 50 y la cuadrilla de Zapotal estaba integrada por 20 hombres. Como el trabajo de estos jinetes era realizado al aire libre, bajo el ardiente clima tropical, buscaban ganarle la carrera al sol, por lo que comenzaban antes del amanecer a ejercer sus labores, no sin antes llevarse a los labios un trago del “hijo alegre de la caña de azúcar”, como lo ha bautizado elegantemente Fernando G. Campoamor:

Un barril de aguardiente de caña había sido rodado por el corredor, y comenzó la distribución en medio de los gritos de la asamblea. El mayordomo medía las dosis. El bebedor trasegaba de un solo trago el ardiente licor, volviendo la espalda a sus compañeros, por cortesía, y escurría cuidadosamente el vaso antes de pasarlo a su vecino. En seguida tomaba unos tragos de agua y montaba a caballo.¹⁶

Partir antes del alba es un elemento cultural distintivo de la ganadería. En la hacienda Perseverancia, ubicada en las tierras bajas del cantón de Misantla, la cotidianidad del trabajo del vaquero consistía en levantarse de madrugada, regularmente a las tres de la mañana, para comenzar ordeñar. Al concluir esta tarea y antes de partir a la arreada, se dirigía al patio de la hacienda, donde fumando y platicando, esperaba la orden de salida del administrador y caporal.

Una de las actividades realizadas por los pastores de ganado era la domesticación de las vacas para su ordeña. Sin duda, en esta práctica cotidiana se establecía un vínculo estrecho entre amansador y animal. Ambos se reconocían en sus encuentros diarios. Al respecto el alemán Sartorius escribió: “estos hombres conocen a sus bestias, y ellas los conocen a ellos, de modo que cuando un vaquero aparece en la pradera grita ‘toma, toma’, los bovinos corren hacia él en manadas. Para atraerlos, el vaquero les da sal [...] en ocasiones la dispersa y a veces pone un poco de sal en la lengua de su vaca favorita.” Misma actitud tomaba el caballo que conocía a su jinete, corría a su encuentro en el campo, se dejaba palmear y lamía la sal que se le ofrecía de la mano.¹⁸

Una de las labores donde intervenía un determinado contingente de vaqueros, variada su composición según los animales, era

¹³ Aunque Biart no especifica su ubicación, posiblemente estaba enclavado dentro de la hacienda Zapotal, cuyos límites iniciaban en los potreros de Santa Rosa, cerca de la hacienda San Nicolás y terminaban en la desembocadura del río Papaloapan, pues el viajero francés lo encontró pasando Alvarado, antes de subir hacia las primeras laderas de la montaña de Los Tuxtlas y a cuatro jornadas de Tlacotalpan. Por otro lado, la casa del rancho Gavilán, ubicado a la margen izquierda del río San Juan, era más modesta que la de San Julián, pues estaba integrada por una sola habitación. Enfrente, se encontraba el plantío de algodón, a los lados la cocina y un cobertizo.

¹⁴ Vargas, 1987, anexo 1: 8; AGEV, Fomento, Asuntos Laborales, Multas, exp. 381, núm. 20, letra M, 1915, caja 90.

¹⁵ Francisco Landero y Coss, Memoria... del 17 de septiembre de 1873 en Blázquez, 1986: 1244, t. III.

¹⁶ Biart, 1962: 259.

¹⁷ Cano, 1989. 12, 16.

¹⁸ Sartorius, 1990: 302, 307.

la arreada para marcar y contar el número de cabezas. Una vez que llegaban todos los jinetes de la campeada y quedaba el ganado encerrado se procedía a marcarlo. Ahí:

Corrían como cien novillos espantados. Frente a la única salida, cerrada por un travesaño de madera, sobre un fuego ardiente, se ponían al rojo vivo unos fierros forjados en arabescos, representando una E (Estanzuela). Varios vaqueros, unos a pie y otros a caballo, formaban valla delante de la salida [...] Se quitó la barrera, y varios jinetes, reata en mano, se lanzaron dentro del recinto. Los toros, amontonados en un espacio demasiado estrecho, a causa de su número, no hacían más que apretarse unos contra otros, y no costaba trabajo agarrarlos. La reata no tardó en irse a enrollar en los cuernos del más próximo, que saltó hacia adelante; pero al primer paso, una segunda reata le lazó las patas traseras, y fue arrastrado violentamente, mientras la barrera se volvía a cerrar. Hubo un momento de espera: el animal escarbaba el suelo con furia, sacudiendo la cabeza, y una espesa baba le blanqueaba el hocico, que apoyaba en el suelo con sordos mugidos. De pronto, el lazo que le ataba las patas traseras, fue jalado en sentido oblicuo, y le hizo perder el equilibrio. Casi en el acto, el fierro fue pegado a su anca, devorando sus carnes con un chirrido. Aturdido, hosca la mirada y ensangrentado, el toro se quedó un instante inmóvil. Aprovecharon el tiempo para librarlo de los lazos. Entonces, sacudiendo la poderosa cabeza y lanzando un verdadero rugido, se levantó, arrojándose sobre la valla de jinetes, ya pronta a abrirse. Siguió una loca carrera: dos o tres vaqueros se lanzaron en su persecución; pero el fugitivo se dirigió sin vacilar hacia el lugar de la sabana en donde había nacido.¹⁹

En otras ocasiones los vaqueros encerraban las reses para curar gusaneras y capar algunos toros que habían quedado rezagados en la campeada anterior. Por ejemplo, en la hacienda Perseverancia, antes del arribo al toril ya debía haberse suministrado sal a las canoas donde comía el ganado. No faltaba algún toro que se apartara de la arreada y buscara el monte, y que a los gritos de los vaqueros y con la ayuda de los perros, volvía a juntarse con los animales que por todos los lados llegaban al corral. Entonces se procedía a curar y después a capar:

Entre gritos, carreras, jalones, errar lazos y acertar manganas; entre carcajadas y palabrotas groseras que más que ofensa causaban risa y daban bríos, para no dejar de ganar un "peal" o un lazo de los puros y cuernos y limpio de orejas. En fin: después de sudar y tragar polvo como quien traga pinole, y de haber caído muchos a consecuencias de un mal halón, o un resbalón en la majada fresca del ganado, acabamos el trabajo con un sol de lumbre; cubiertos de polvo y sudor: hechos unos salvajes, pero todos contentos, riendo [...] ²⁰

En general su trabajo duraba hasta las 11 de la mañana, antes de que el "sol de lumbre" irradiara con fuerza sus rayos. Justamente estamos en presencia de otro elemento común y distintivo del vaquero: grita, chifla, ríe a carcajadas, dice groserías y chistes²¹. Entre gritos arrea, manda, maldice y laza. Pareciera

que sintiera una gran pasión y entusiasmo a la hora de cabalgar y ejecutar sus labores. El contacto directo con el ganado le permite una mutua comunión de conocimiento y bravura.



En todo tiempo, los jinetes utilizaban sombrero, pantalón abierto a los costados, cinta de seda y portaban su sarape multicolor o la sobria "manga". El primero es portado por el personaje de enfrente, mientras que la segunda forma parte del atuendo del que va montado.

Gente de tierra caliente, litografía de Karl Nebel, García y Pérez (2001: 29)

Sin duda, los vaqueros eran hombres robustos y ágiles; muchas de las veces oliendo a sudor y llenos de lodo, salpicados de sangre del ganado (que se curaba o se le cortaba la punta de los cuernos para evitar que se hiriera y agusanara); siempre arrastrando las espuelas y casi siempre entrados en copas, especialmente al medio día, después de concluido el encierro.

El arte de montar y jinetear sólo era aprendido con el paso de los años en los potreros y corrales de las haciendas ganaderas, teniendo siempre contacto diario con caballos, toros, vacas y mulas. En pocas palabras a través de la práctica cotidiana. No había escuelas que enseñaran a jinetear (como ahora) y el único aprendizaje era recibido ahí mismo en las extensas llanuras del sotavento veracruzano. Era de esperarse que cuando el vaquero comenzaba sus enseñanzas para jinetear a un toro o un caballo, casi siempre salía golpeado, medio rencoso y perdiendo, "pues cuando se trataba de jinetear en los rodeos o en los corrales de los potreros, era siempre por apuestas, el que caía tenía que pagar un litro de 'picao' para todos los compañeros."²² Bastaba la experiencia aprendida por las andanzas de ir de un corral a otro, de potrero en potrero, y de hacienda en hacienda. En efecto, ser libre era una atribución que gozaban muchos de los vaqueros en tierra caliente. Estaba siempre listo para el baile o el juego, pareciera que el futuro le tenía sin cuidado, importándole sólo disfrutar el momento que vivía. Incluso en su día libre, regularmente era el domingo, improvisaba jaripeos y gozaba de esa tarde a su entera satisfacción para demostrar sus habilidades mangoneando y montando toros y novillonas.

Otra de las desafiantes tareas que realizaban los vaqueros de La Estanzuela era la de conducir a través de pronunciadas llanuras, cada año, al ganado para su venta hacia la falda de la montaña:

¹⁹ Biart, 1962: 264-267.

²⁰ Cano: 1989: 13

²¹ En la hacienda Perseverancia, antes de dormir, los vaqueros se reunían en la tienda para contar chistes y cuentos "colorados" hasta las diez que cerraban. Al mismo tiempo, casi todos fumaban y tomaban aguardiente. Eran vastos conocedores de la naturaleza y animales que los rodeaban. Por ejemplo, podían distinguir que era media noche cuando los gallos comenzaban a kikiriquear. Cano: 1989: 14, 16.

²² Cano, 1989: 14

[...] No sin trabajo, logramos que avancen los animales, instintivamente ansiosos de volverse. Hay que vigilar de día y de noche, y no tomamos reposo hasta que topamos con alguna cerca en donde pagamos la hospitalidad con una o dos cabezas de ganado. A pesar de todos nuestros esfuerzos, sólo llega a la meta la tercera parte de las bestias; algunas sucumben de fatiga y de sed, otras se matan en furiosos combates, la mayoría vuelve a sus antiguos pastos. A veces, a pesar de los bueyes que la dirigen, la tropa entera da la media vuelta, nos pasa por encima del cuerpo, y galopa por donde vino sin que la detengan ni los ríos ni la noche: ¡y he aquí un mes de trabajo perdido! Los fugitivos no se volverán a dejar coger en todo el año. Cuando podemos llegar a la cordillera, encontramos compradores que nos han ido a esperar. Reconocemos nuestros animales por el hierro que llevan marcado en el anca. Se paga por cada bestia en buen estado de 15 a 20 francos [...]²³

Las cuentas se pagaban en especie y no en dinero, trayendo los compradores sarpes, rebozos, cachirulos, etcétera. En estas expediciones, los conductores de sangre mulata iban armados con unas lanzas muy largas llamadas jarochoas; de aquí el nombre familiar de jarochos que se les daba en la meseta. Aparte de enviarse reses a Córdoba, Orizaba, Puente Nacional, Jalapa y Yucatán, el ganado en pie se comenzó a exportar a la isla de Cuba.²⁴

Destacaron en este rubro los comerciantes tlacotalpeños de las casas comerciales Schlescke, Cházaro Hermanos y Pérez e Hijos, quienes embarcaron ganado en gran escala hacia la isla de Cuba, principalmente durante la guerra civil que sostuvo en su primer intento de independencia (1868-1878). Dándose el caso de que tan sólo en una semana arribaron al puerto de cabotaje de Tlacotalpan hasta cuatro vapores para exportar bovinos. Por ejemplo, entre enero de 1872 y septiembre de 1873 éste remitió 2378 cabezas

de ganado a la mayor de las islas caribeñas.²⁵ Comercio que no se interrumpió del todo después de la guerra cubana, pues entre mayo de 1878 y agosto de 1881 los vapores Alba, Aurora, Gussie, Pájaro de Oriente, Guillermo, El Habanero y H. W. Huwes condujeron más de 6590 reses que embarcó Francisco Tejeda —propietario del potrero Consolación o Paredes de Tlacotalpan— y Manuel de los Santos, con destino a La Habana.²⁶

La gran mayoría de embarcaciones que hacían el trasiego eran de nacionalidad española. Parte del ganado exportado era recogido río arriba de Tlacotalpan, en el embarcadero Lomas de San Cristóbal, muy cerca de Cosamaloapan, a donde se dirigían los vapores.²⁷ La cantidad de reses “en pie” embarcadas variaba según su consignatario, pero siempre sobrepasaba la centena. Y no todas llegaban a su destino, pues algunas morían durante la travesía. Es importante subrayar que únicamente se exportaban toros con la finalidad de que la reproducción no sufriera merma. No obstante, de los costos de cada res y del flete de embarque poco o nada sabemos. Lo cierto es que el envío de vacunos a La Habana —libre de derechos—, fue constante, computado en 25 000 el número remitido hasta 1887.

Según cálculos publicados en la prensa costeña, el número de cabezas de ganado vacuno que había en el Sotavento veracruzano ascendía a 400 000 en sus tres condiciones: cimarrón, rodeano y chichigua, mismo que tenía una producción anual de 18%, es decir, 72 000 reses. El consumo en la propia costa era de 25 000; se exportaban 4000 toros; se vendían para Veracruz y al interior 9000; el ganado muerto ascendía a 10 000.²⁸ Estos datos demuestran la importancia que había alcanzado la industria pecuaria en el Papanoapan, consolidándose como uno de los principales ramos de la riqueza pública del estado de Veracruz en la segunda mitad del siglo XIX.

Cada vez que terminaba la bonanza de exportación, la comercialización pecuaria retornaba a la normalidad; es decir, encauzándose el consumo al que se daba

a cuchillo en las poblaciones y a las partidas que se mandaban a Veracruz, Córdoba, Orizaba, Jalapa, Puente Nacional, Tuxtepec y Minatitlán. Destacaban en este comercio las haciendas de Uluapa, Chiltepec, San Jerónimo, Mata de Agua, San José del Carmen, San Nicolás, Guerrero, Chapoapan, Nopalapan, Uruapan y Corral Nuevo, así como los potreros de Tlacotalpan, La Calaverna, Mata de Caña y Consolación. Incluso los propietarios de potreros en Tlacotalpan, Cosamaloapan, Tuxtepec y Playa Vicente compraban toros de las haciendas de Nopalapan, Mata de Agua, San Nicolás, El Zapotal, Guerrero, Uruapan, Chapoapan y Zapote. Entre 1894 y 1895 los ganaderos vendieron 9000 toros destinados a la engorda en los potreros de la misma costa. Asimismo, de vez en cuando había remesas de reses al puerto de Progreso, como la ocasión en que el vapor inglés *Callao* condujo 350 a aquel lugar y el vapor *Tlacotalpan* 150. Comercio que se acrecentó a partir de 1888.²⁹

Para el último cuarto del siglo decimonónico, a pesar de haber un mayor número de propietarios dedicados a la ganadería, todavía continuaban imponiendo las prácticas ancestrales aprendidas en ese ramo:

En materia de ganadería impera aún, casi en general, el más absoluto empirismo, impuesto por la tradición. Tal o cual operación se ejecuta de tal manera y en tal época, porque así lo hacían los ganaderos del tiempo del virreinato, sin fijarse en si es o no conveniente ejecutarla. No alcanzamos la razón de esos procedimientos a todas luces perjudiciales a los capitales empleados en los ganados y por concomitancia a los consumidores.³⁰

La abundancia de agua y pastos, lejos de servirle al ganadero de estímulo para mejorar su vaquería, dejaba que las crías crecieran espontáneamente sin preocuparse por introducir “buenas razas”. Era costumbre volver trashumantes sus ganados, pues en la estación de secas bajaban sus reses al potrero, que por lo regular estaba

²³ Biart, 1969: 251-252.

²⁴ *El Correo de Sotavento*, 8 de septiembre de 1881 y 6 de octubre de 1889.²⁵ Francisco Landero y Cos, Memoria... del 17 de septiembre de 1873 en Blázquez, 1986: 1244, t. III.

²⁵ Francisco Landero y Cos, Memoria... del 17 de septiembre de 1873: Tlacotalpan. Exportación de efectos nacional, documento núm. 22, en Blázquez, 1986: 1796, tomo IV.

²⁶ *El Correo de Sotavento*, 22 de mayo de 1878; César, 1864: 102-109.

²⁷ *El Correo de Sotavento*, 20 de julio de 1882.

²⁸ *El Correo de Sotavento*, 15 de julio de 1883 y 20 de octubre de 1884. El cimarrón era el ganado alzado o montaraz que pastaba en rebaños dispersos a lo ancho de la llanura. Una vez capturado y “amansado” se le conducía a la pastoría y adquiría la calidad de ganado rodeano. En cambio el chichigua era aquel dedicado a la producción lechera. Véase Velasco Toro, 2004, p 70-72.

²⁹ *El Correo de Sotavento*, 1888-1894.

³⁰ *El Correo de Sotavento*, 8 de abril de 1900.

inmediato a algún río que lo anegaba.³¹ En cuanto entraba la estación de aguas retiraban los ganados a los llanos, en lo que las lluvias habían crecido los pastos. Pero, en caso de una sequía no era raro observar en la costa sotaventina reses muertas, en cantidades considerables, por la falta de agua y pastos.

Antes de concluir el siglo XIX, las remesas de ganado a la isla de Cuba tuvieron un ligero repunte. En noviembre y diciembre de 1897 y enero de 1898 los vapores noruegos *Orange*, *Folsjo* y *Spero* embarcaron partidas de ganado de Santa Rita con destino a La Habana, era su consignatario Estanislao Alaez. Comercio que se continuó pues en abril de ese último año Tlacotalpan había exportado 1150 reses, incluyéndose bueyes para el arado e importando un valor de \$46 000.³² En 1902 el vapor noruego *Ellido* embarcó para la isla de Cuba 420 novillos de la hacienda de Uluapa y 380 yeguas y caballos de otras propiedades costeñas.³³

Cuando se trataba de conducir el ganado a la tierra templada, antes era encerrado para contarlos y marcar a los animales que no lo estaban. Esto daba ocasión a una fiesta de los vaqueros jarochos llamada “herradero”. Sin embargo, no siempre era necesario esperar el anual “herradero”, ni la víspera de la fiesta patronal de la hacienda, rancho o pueblo, mucho menos la llegada de los vaqueros que regresaban de vender en la meseta los hatos de ganado llevados para tal fin y tampoco aguantarse al domingo, día de “rayar”. En el bajo Papaloapan bastaba una improvisada reunión o la llegada de un visitante para organizar un fandango. Para tal fin, en el patio de la hacienda o rancho, en medio de la llanura, se levantaba un estrado y se ejecutaban varios bailes durante la noche, que era alumbrada con velas, antorchas y fogatas. Los concurrentes, rancheros, vaqueros y sus mujeres, se acurrucaban en torno al entarimado. Faldas, cachirulos, adornos, anchos sombreros, machetes y jaranas completaban el escenario tropical.

El versador, casi siempre un vaquero, improvisaba, hablaba de amor, celos, evasiones, enojo, reconciliación. Su genio excitaba y animaba a los oyentes. A veces durante el fandango se interrumpía por alguna discusión o pleito. Y no pocas ocasiones terminaban enfrentados dos hombres con el machete, con consecuencias



El baile del sombrero era ejecutado con destreza por una mujer. Cuando una bailarina no quería conservar varios sombreros, la costumbre hacía que devolviera al primer caballero el sombrero que éste le puso. Óleo sobre tela, Anónimo, El Zapateo, siglo XIX, Museo de Arte del Estado de Veracruz (2001: 80).

fatales para alguno de los contrincantes. En otros casos, sólo se trataba de intercambio de palabras que terminaban en ásperas discusiones. Esto en buena medida se debía a que el fandango era un espacio de socialización y una excelente oportunidad para cortejar y enamorar a las muchachas. Momento para el amor y el desamor y también para enfrentar al rival de amores al calor del refrescante aguardiente a la menor provocación.

Muchas de las veces no sólo se ejecutaban en las llanuras y fincas de caña, sino también en las poblaciones ribereñas del Papaloapan. Mestizos, mulatos y negros de Alvarado bailaban a ritmo de la jarana, donde arriba de la imprescindible tarima

[...] uno de los asistentes se levantó gravemente, puso su enorme sombrero sobre la cabeza de una de las danzantes y se volvió a sentar; un segundo y un tercero hicieron lo mismo. Pronto, la muchacha que habían escogido, tuvo la cabeza cubierta de cinco o seis sombreros que mantuvo en equilibrio, sin detener su zapateado. Más sombreros le fueron puestos debajo de los brazos, en las manos, entre los dientes, en cualquier parte donde los pudiera sostener; durante esta pantomima, todos conservaban una seriedad increíble. La bailarina,

así sobrecargada, ejecutó finalmente un difícil zapateado, que puso el colmo a su triunfo, y los músicos dejaron de tocar sus mandolinas. Los caballeros volvieron a ponerse sus sombreros gratificando a la joven con una moneda, no como pago, sino en señal de aprobación [...] ³⁴

En suma, los pobladores de haciendas, ranchos y pueblos compartían el gusto por el fandango. Por otro lado, la vestimenta constituye un elemento de identidad de un “grupo de clase” y diferenció a la ganadería de otras actividades con ella relacionada como la arriería. Desafortunadamente no contamos con descripciones precisas de hacendados, pero sí del rancharo y del vaquero de la tierra caliente. Acerca del primero diremos que llevaba pantalón confeccionado de terciopelo, “dril” o piel de venado que dejaba ver por debajo unos calzones de tela blanca, detenidos en la cintura por una faja de seda roja, bordada y con franjas. Su camisa, de ancho cuello colgado hacia atrás y cortado en punta, con alforzas o bordados. Cubría su cabeza con un sombrero de hojas de palmera y el indispensable machete le colgaba a un lado. Y sobre el pecho lucía un rosario o un escapulario. Por su parte, los vaqueros vestían ropas sencillas, o más bien cómodas para el desempeño de su trabajo. Por ejemplo, los de La Estanzuela usa-

³¹ Sobre las características de la hacienda ganadera colonial, su organización espacial, la trashumancia, tipos de ganado y el surgimiento del vaquero jarocho véase a Velasco (: 2004: 55-85).

³² *El Correo de Sotavento*, 21 de noviembre, 5 y 16 de diciembre de 1897, 6, 9 y 30 de enero, 6 de marzo, 3, 17 de abril, 15 de septiembre de 1898.

³³ *El Dictamen*, 14 de junio de 1902.

³⁴ Cano, 1989: 14

ban “camisa blanca, pantalón de tela de algodón y blusa de lana azul, cubiertos con sombreros de paja de anchas alas y adornados de chapetas”.³⁵ Ranchero y vaquero compartían el gusto por confeccionar el sombrero con el mismo material que, además, abundaba en la región.

En la descripción que realizó Sartorius del mexicano de mediados de siglo XIX encontramos algunos elementos que están presentes en el traje del rancharo costeño: el sombrero ancho, la camisa con cuello volteado hacia atrás, el pantalón con botonadura y la faja de seda.³⁶ Precisamente, gran parte de los mestizos y mulatos de tierra caliente ejercían el oficio de vaquero: centauros que andaban sin cesar de un lado a otro por las sabanas, haciendo el

recuento de caballos y toros. Sin duda, las prendas de vestir utilizadas en la llanura costera estaban confeccionadas con la intención de sentirse holgado y fresco para paliar las altas temperaturas a las que estaban expuestos sus habitantes. De ahí que el pañuelo sea un accesorio inseparable del jarocho para secarse el sudor. Entonces, cabe preguntarse ¿cuándo ocurrió el cambio de moda, por así decirlo, de los actores sociales inmiscuidos en la ganadería? ¿Qué circunstancias los motivaron para dejar de usar esos “pintorescos atavíos”? ¿En qué momento cambian el machete por la pistola o el rifle y en qué época dejaron de construir sus viviendas de palma, bambú y lianas? Cuestionamientos que merecen, sin duda, analizarse como procesos de largo aliento en el futuro.

El aguardiente era la bebida por excelencia del vaquero antes y después de la campeada. Pero no era uso exclusivo de su investidura. Los vendedores que andaban de casa en casa reclamaban un vaso de aguardiente para sellar el trato y en los fandangos era el “único refresco” que se ofrecía a los invitados. Incluso, se tomaba después de comer. Así en cada casa, tienda, rancho o hacienda había una botella, jícara o barril repleto de aguardiente dispuesto a compartirse en cualquier momento. De esta manera, “el hijo alegre de la caña de azúcar” tenía un mercado regional que satisfacer. Entonces, encontramos que un producto elaborado por propietarios de trapiches —y después hacendados e industriales—, integrantes de la cultura azucarera, proveían de un consumo cotidiano a los vaqueros, no sólo al momento del descanso, sino también a la hora de divertirse o como remedio medicinal, pues bastaba frotarse el cuerpo con aguardiente de caña cargado de tabaco para evitar las molestias de comezón de mosquitos y pinolillos que abundan en la pradera. Existe aquí una relación contigua entre ambas culturas, que no sabemos cuándo ocurre su disociación —si es que la hubo— con la introducción de otras bebidas embriagantes distintas a las elaboradas con la caña de azúcar. Al mismo tiempo, presenciamos otro elemento cultural que disfrutaba en sus actividades: gozaba fumar. Para tal ocasión sacaba unas hojas de tabaco y mientras torcía un chacuaco (puro improvisado) lo “mascaba” y fumaba (ahora sustituido por los cigarrillos). En este sentido, el aguardiente, el tabaco y el baile son elementos culturales que distinguían al vaquero —actor social predominante— de las llanuras costeras de Sotavento en el siglo XIX y XX.

De él dependían buena parte de las actividades desplegadas en la ganadería: el arreo de reses cuando se llevaban para su venta; domaba con valentía a caballos, mulas y toros; juntaba el ganado y lo encerraba para curarlo, caparlo y herrarlo. Profundizar en las permanencias y cambios de sus labores y diversiones a lo largo del siglo XX nos arrojaría información acerca de cómo su vida permeó la cultura ganadera del bajo Papaloapan. De ahí, nuestra pretensión de continuar nuestra investigación hacia esa centuria.



Vaquero jarocho de tierra caliente vistiendo un pantalón de piel color negro con botonadura que dejaba ver los calzones de tela blanca. Alrededor de su cintura sobresale la faja de seda brillante que era enredada con dos o tres vueltas. Y sobre el pecho luce un escapulario.

Obra de Johann Moritz Rugendas, quien permaneció en México entre 1831 y 1834, García y Pérez (2001:128).

³⁵ Biart, 1962: 33-34, 263-264. Por su parte, las hijas del mayordomo de La Estanzuela vestían “una camisa sin mangas, muy escotada, un tocado de cuero barnizado, muy parecido a un sombrero de marino, con rebozo de seda roja de franjas doradas ciñendo el talle, una falda de muselina blanca hasta los tobillos, dejando ver los pies sin medias y calzados con chinelas de raso negro.”

³⁶ De acuerdo con Sartorius (1990: 124-125), el mexicano vestía “una chaqueta corta, que con frecuencia es de color café o negro, ornamentada con botonadura plateada. El pantalón es de piel de venado, o de paño y cuero con una faja de seda brillante enredada con dos o tres vueltas alrededor del cuerpo. El pantalón también tiene botonadura, pero sólo va ajustada hasta la rodilla, a modo de caer sobre los botines, en cuya parte posterior lleva tintineantes espuelas sujetas con correas. En todo tiempo, el jinete porta su sarape multicolor o la sobria “manga”.

Síntesis curricular

Profesor investigador del Centro INAH Veracruz, Unidad Xalapa desde 2010. Licenciado en Historia por la Facultad de Historia de la UV. Maestro en Historia y Etnohistoria por la ENAH y candidato a doctor por la misma especialidad e Institución. Se especializa en la cultura ganadera, azucarera y la vida cotidiana de los pueblos y haciendas del bajo Papaloapan. Ha publicado artículos relacionados con el tema cañero y sobre la construcción del Ferrocarril de Veracruz al Istmo y sus ramales. Ha participado en publicaciones como “*Cañaverales, trapiches e ingenios en México. Dinámicas históricas y procesos actuales*”. Coordinó los libros *Mariposas en el agua. Historia y simbolismo en el Papaloapan*, editado por la UV y *Economía y espacio en el Papaloapan veracruzano, siglos XVII-XX*, publicado por la Editora del Gobierno del Estado de Veracruz. Su más reciente publicación “*La construcción del ferrocarril de Veracruz al Istmo, 1880-1930*”, apareció en el libro colectivo *Historia económica de Veracruz. Miradas múltiples*, publicado por la UV en 2013. Coordina e imparte conferencias sobre la Exposición Fotográfica Conmemorativa Itinerante La Revolución Mexicana en el Estado de Veracruz, ganadora del concurso Conmemoraciones 2010, que se ha montado en museos y zonas arqueológicas del Centro INAH-Veracruz y espacios como el Museo Tuxteco, San Juan de Ulúa, Teatro Solleriro (Huatusco) y La Capilla (Córdoba).

Bibliografía

Aguirre Beltrán, Gonzalo, *Pobladores del Papaloapan: biografía de una hoya*, 3ª edición, CIESAS, México, 2008.

Aguirre Tinoco, Humberto, “*Tlacotalpan. La llave de la Costa de Sotavento*”, *Cuenca. Revista de cultura y divulgación*, vol. I, núm. 4 (mayo), Tomás García Editor, México, 2000, pp. 4-15.

Alafita Méndez, Leopoldo, Ricardo Corzo Ramírez y Olivia Domínguez Pérez. “*Tlacotalpan. Cuando Puerto fue...* [Notas para su historia: del liberalismo al inicio de la Revolución]”, *Anuario VI*, Centro de Investigaciones Históricas-Instituto de Investigaciones Humanísticas-UV, Xalapa, 1989, pp. 39-73.

Biart, Lucien, *La tierra caliente. Escenas de la vida mexicana, 1849-1862*, Jus, México, 1962.

Blázquez Domínguez, Carmen (comp.), *Estado de Veracruz. Informes de sus Gobernadores, 1826-1986*, Gobierno del Estado de Veracruz, México, Vols. I-V, 1986.

Cano Manilla, Ramón, *Prisiones de Valle Nacional. Bello capítulo de mi vida*, Gobierno del Estado de Tamaulipas/Instituto Tamaulipeco de Cultura, México, 1989.

Celaya Nández, Yovana, *Un espacio ganadero en Cosamaloapan: la hacienda Santo Tomás de las Lomas, siglos XVI al XVIII*, tesis de licenciatura, Facultad de Historia, UV, Xalapa, 2000.

Un mercado interregional de carne bovina. Del Papaloapan al Altiplano central, tesis de maestría en Historia, UAM-I, México, 2003.

César, Juan N. *Tlacotalpan, Noticias estadísticas sobre aquella municipalidad del Distrito de Veracruz, 1864*, Tipografía de J. M. Blanco, Veracruz, 1864.

Chevalier, Francois, *La formación de los latifundios en México. Haciendas y sociedad en los siglos XVI, XVII Y XVIII*, 3ª ed., FCE, México, 1999.

Delgado Calderón, Alfredo, *Historia, cultura e identidad en el Sotavento*, CONACULTA, México, 2004.

García Díaz, Bernardo y Ricardo Pérez Montfort, *Veracruz y sus viajeros*, BANOBRAS/Gobierno del Estado de Veracruz/Grupo Sansco, México, 2001.

Malpica Mimendi, Juan. *Tlacotalpan, 1842-1915*, Citlaltépet, México, 1987,

Montero García, Luis Alberto y José Velasco Toro (coords.), *Economía y espacio en el Papaloapan veracruzano. Siglos XVII-XX*, Gobierno del Estado de Veracruz, Xalapa.

Montero García, Luis Alberto, *La industria azucarera en el Papaloapan veracruzano, siglos, XVIII y XIX*, tesis de maestría, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.

Nickel, Herbert J., *Morfología social de la hacienda mexicana*, FCE, México, 1996.

Sagahón Canales, Laura Rocío, *La cuestión agraria en Tlacotalpan, Veracruz. Restitución y dotaciones, 1915-1940*, tesis de licenciatura, Facultad de Historia, UV, Xalapa, 2003.

Sartorius, Carl C., *México hacia 1850*, CONACULTA, México, 1990.

Siemens, Alfred H. y Lutz Brinckmann, “*El sur de Veracruz a finales del siglo XVIII. Un análisis de la Relación de Corral*”, *Historia Mexicana*, vol. XXVI, oct.-dic, El Colegio de México, México, 1976, pp. 263-324.

Velasco Toro, José (coord.), *Tierra y conflicto social en los pueblos del Papaloapan veracruzano (1521-1917)*, UV, Xalapa, 2003.

Velasco Toro, José y David Skerritt (coords.), *De las marismas del Guadalquivir a la costa de Veracruz: cinco perspectivas sobre cultura ganadera*, IVEC, Xalapa, 2004.